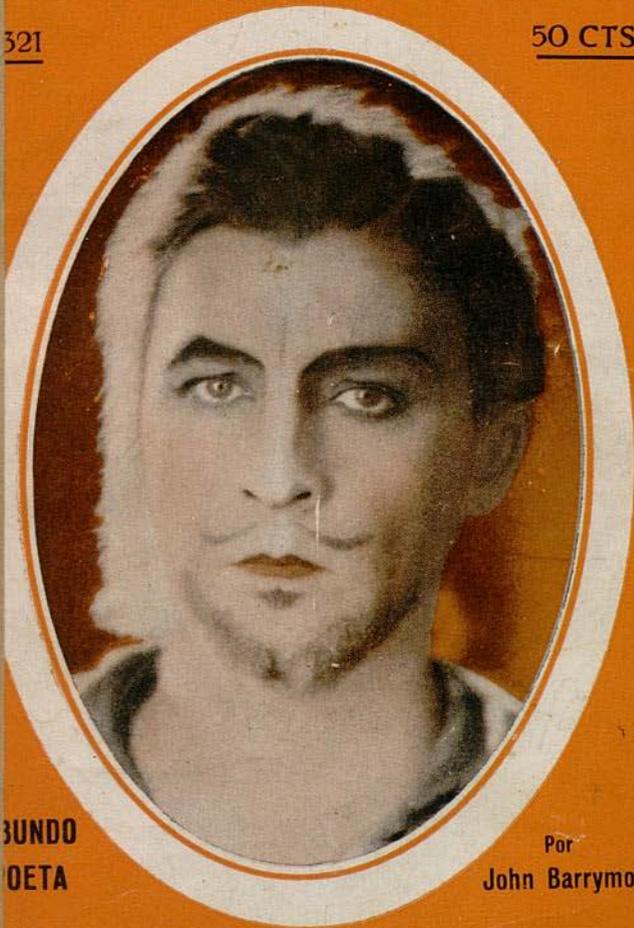


LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

521

50 CTS



BUNDO  
POETA

Por  
John Barrymore

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca  
de Catalunya

CROSLAND, Alan

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 321

---

## EL VAGABUNDO POETA

(THE BELOVED ROGUE, 1927)

Superproducción de gran espectáculo,  
interpretada por **John Barrymore,**  
**Conrad Veidt, Marceline Day,** etc.

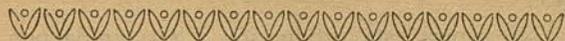
10

PRODUCCIÓN DE  
LOS ARTISTAS ASOCIADOS  
(United Artists)

Rambla de Cataluña, 60 y 62  
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de  
LOUISE DRESSER





## EL VAGABUNDO POETA

### Argumento de la película

*La única huella que Villón dejó en la Historia fué una sentencia que lo condenaba a ser ahorcado.*

*("Les Grottesques", de Théophile Gautier).*

*El poeta truhán — de quien casi todo se ignora — prestábase más que ningún otro a ser un personaje novelesco y de aventura.*

*("Si j'étais roi", de Mac Carthy).*

---

Prohibida la reproducción  
Revisado  
por la censura gubernativa.

---

No aspira esta producción a ser tenida por obra histórica.

Sólo pretende ofrecer, por medio de una ficción novelesca, algunos rasgos de la accidentada vida del poeta popular francés Francisco Villón.

\*  
\*\*

Luis XI, el supersticioso, astuto y poco clemente monarca, creía infalibles los vaticinios de las estrellas y se dirigía, aquella noche, a una torre del palacio, donde esperaba su egregia visita el astrólogo de la Corte.

Camino de París iba, en tanto, Carlos de Borgoña, primo de Luis XI, que anhelaba derrocar a éste de su trono.

—¿Qué dicen las estrellas: hostilidad o armonía? — preguntó el rey al astrólogo, sabedor de la próxima llegada de su pariente.

—Dicen, Majestad, que la guerra será fu-

nesta a vuestro reino. Recibid como amigo a Carlos de Borgoña.

El monarca frunció el ceño con odio, y murmuró:

—¿Y habré de estar eternamente sometido al borgoñón, con el ansia que tengo de destruirlo?

Pero no había tiempo que perder, pues el duque de Borgoña, según acababan de anunciarle al rey, se hallaba ya en el recinto de París.

Luis XI hizo informar a la Corte y se dispuso, con su séquito, a adelantarse a hacer a su "amado" primo una acogida cordial.

París celebraba con alegría habitual su fiesta de carnestolendas. Mas ¿dónde estaba el rey de la Locura que acababa de elegir?

Echando al vuelo las campanas de su alegría por la ciudad, los amigos de Francisco Villón, el poeta, le llamaban a voz en grito, extrañándoles sobremanera no hallarle por ninguna parte.

Pero Villón les oía perfectamente, pero en aquellos momentos no le era posible acudir a

tan cariñosa y repetida llamada, pues la ronda andaba cerca del hostel donde él se ocultaba a aquella hora, por cuestión de faldas, y no le convenía que le descubriesen saltando tapias como un gato cualquiera, cumplida ya su galante misión...

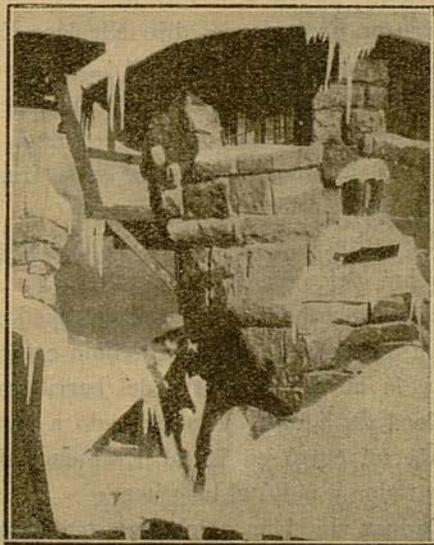
Y era que Villón reunía en sí distintas personalidades: la de poeta, la de caco y la de patriota... Amaba a Francia a ratos, a las mujeres casi siempre y al vino a todas horas.

Para burlar a la ronda, Villón, que se proponía saltar a la calle desde el tejado del hostel, cubierto de nieve como todo París, se acomodó sobre la viga de hierro que sostenía el farol de la hostería; y como iba cubierto de nieve podía pasar muy bien por un adorno.

Y cuando la ronda se hubo alejado de aquella calle, saltó al tejado, burlóse de ella mandándole un palmo de narices, y apresuróse a reunirse con sus amigos inseparables, Juan y Nicolás, los cuales comprendían todos sus defectos... menos el de la poesía.

—Pasó el peligro, camaradas. ¡Adelante con los faroles!

—Corramos, que nuestros hermanos nos esperan — dijo Juan.



*Y cuando la ronda se hubo alejado de aquella calle..*

—Se están desgañitando llamándote, Francisco — añadió Nicolás.

Villón echó a andar entre los dos, cogidos los tres del brazo y saltando como chiquillos en libertad.

Al cruzar un bodegón, dijo Nicolás, súbitamente preocupado:

—¡Qué tormento querer vino y no tener dinero, Francisco!

El poeta se dió una palmada en la frente y contestó:

—No apurarse... Ahora veréis la milagrosa conversión del agua en vino.

A su alcance había un barril destapado, que la nieve fué llenando de agua. Villón cogió una jarra y la introdujo dentro del barril, sacándola llena de líquido, y empujando a sus dos compañeros, entró en la taberna; encaminóse al mostrador y pidió al tabernero:

—Dadnos vino blanco del mejor que tengáis... Nuestros paladares son muy delicados.

Nicolás tenía escondida la jarra llena de agua, esperando órdenes de Villón.

El tabernero cogió una jarra del mostrador, la metió dentro de un barril de vino blanco co-

locado junto a él, y se la entregó al poeta una vez llena.

Entonces Villón, aprovechando un descuido del tabernero, que acudía a atender a otros clientes, pasó la jarra conteniendo el vino blanco auténtico a Nicolás, y éste, a su vez, le dió la jarra llena de agua que él había tenido escondida; es decir, hicieron el cambiazo.

Efectuada la picardía, Villón llevóse la jarra del agua a la boca, y, apartándola bruscamente de sus labios, exclamó, al tiempo que arrojaba el agua en el barril de vino:

—¿Pretendíais robarnos maldito tabernero? ¡Esto es agua!

El buen hombre no volvía de su asombro ante el exabrupto, y al reaccionar increpó duramente a los tres amigos, pero éstos se hallaban ya en la calle bebiéndose tranquilamente la jarra de vino blanco, adquirida, ya que no con dinero, con algo que vale más que todo: el ingenio.

El vinito alegró el ya bullanguero espíritu de los tres amigos, y no es para descrito el griterío que se armó, para manifestar su con-

tento, cuando los que andaban buscando al poeta por fin le hallaron.

—¡Villón! ¡Francisco Villón! ¡Escucha!

—Salud, querido pueblo...

—Escucha, escucha...

—Soy todo orejas, hermanos...

—Has sido nombrado rey de los Locos... ¡Te llevaremos a adornarte con tus regios atavíos!

El poeta se entregó a la turbamulta, formada por los pordioseros de París, que adoraban en él, y al poco su agradable rostro de noble arruinado desaparecía para ceder paso a una cara protesca, de *clown*, que ni remotamente dejaba adivinar que, bajo la misma, se ocultaba la de Villón.

Y con un tintero por corona, el amado poeta, rey de los Locos, ostentaba su efímero reinado de una noche por las calles de París.

Requerido para pronunciar un discurso, Villón dijo así:

—¡Camaradas de asnería... y señoras!  
¡Disponed a oirme vuestras largas orejas!

Grandes risas acogieron este preámbulo,

pero mayores fueron cuando Villón, con su gracia peculiar, pronunció:

—Yo debo esta elevada posición a los maridos de París. Quieren asegurarse, siquiera por una noche, de que no estoy en sus hogares. ¡Ay, amigos, qué terrible es ser galante!

*Ama y sirve a las bellas noche y día,  
y no hallarás provecho ni alegría;  
sólo inquietud, suspiros, arrebatos...  
Amor hace a los cuerdos insensatos*

—¡Bravo! ¡Bravo!

Contagiado de la demencia de sus compañeros, en su mayoría del sexo bello, Villón exclamó:

—¡Dichoso París, donde reinan los locos una vez al año, a diferencia de otros lugares en que tienen reinado permanente!

Cerca de donde se hallaba pronunciando su discurso, vió Villón una estatua ecuestre y gritó:

—¡Un caballo para mi realeza! ¡Al caballo, caballeros!

En un tris estuvo sobre el cuadrúpedo de bronce, importándole un mito darle la espalda al jinete, y desde tal altura continuó arregando a las masas, que se partían de risa celebrando las excentricidades del poeta.

Pero la broma duró poco, pues en aquel instante oyóse una voz autoritaria que decía:

—¡Dispersad a esa chusma, en nombre de Borgoña!

Era el duque, en persona, quien hablaba. Soberbio y desalmado, no podía tolerar que a su paso no le rindieran honores.

—¡Separadle de su caballo, en nombre de Villón! — gritó el poeta.

Las palabras del vate eran ley para los pordioseros, y a punto estuvo Carlos de Borgoña de ser desmontado y vapuleado como un mal educado cualquiera.

Villón se encargó de acuciar a sus amigos, echando pestes contra el duque.

—¡Ese es el Carlos de Borgoña que aspira a ser rey de Francia!... ¡Ya veis qué “tiernamente” ama al ciudadano de París!

¡Más deforme que el cuerpo del enano Beppo es el alma del borgoñón.

El enano Beppo era amigo del poeta y acababa de sentarse a su lado en el caballo de bronce.

Apurado se vió Carlos entre tanto pordiosero hostil, y mal la hubiera pasado, sin duda, de no aparecer en tan crítico momento, Luis XI, con su séquito.

—¡El Rey!! — anunció Villón, con asombro y respeto.

Todos humillaron la cerviz en presencia del monarca... y de Tristán L'Hermite, el verdugo.

Luis XI fué al encuentro de su primo, le saludó afectuosamente y se interesó por lo que, al parecer, le había ocurrido con aquella compacta muchedumbre.

Brillando en los ojos de Carlos el deseo de venganza, replicó, señalando a Villón:

—¡Ese bufón me ha insultado groseramente!

El rey miró al poeta, sin reconocerle, y se dispuso a castigar su osadía.

Villón esperaba, un tanto intranquilo, la decisión del monarca, mientras al lado de éste una doncella, hermosa como un día de primavera, Carlota de Vauxcelles, noble heredera, bajo la tutela de Luis XI, sonreía ante el *clownesco* rostro del osado, a quien, si de ella dependiera, no se le infligiría el menor daño.

Luis XI preguntó al culpable:

—¿Quién eres tú, majadero?

—El rey de los Locos, señor... como vos sois el rey de los cuerdos. Mi nombre es Francisco Villón.

El rey le miró con sorpresa, y le dijo:

—Maestro Villón... tú eres el mejor verificador de París...

—Ese juicio acredita el gusto selecto de Vuestra Majestad — contestó el poeta.

—...pero también eres el más insolente rufián de Francia.

Nada se le ocurrió contestar a Villón. Aquello significaba que el castigo de Su Majestad iba a caer duramente sobre él.

En efecto, Luis XI, dirigiéndose a Carlos de Borgoña, manifestó:

—Pongo en vuestras manos su suerte, primo Carlos.

El duque no esperaba menos, y manifestó a su primo, muy ceremonioso:

—Si alguien en mi territorio intentase insultar a Vuestra Majestad, pagaría con la vida su audacia.

La petición de Carlos era, en verdad, muy dura. Villón palideció bajo su embadurnado rostro, pendiente de la resolución del monarca; y éste, llevando el castigo al máximo de la crueldad, sentenció:

—Maestro Villón, te condeno al destierro, porque sé que tu vida es París. ¡Si eres hallado dentro de sus muros, te haré ahorcar!

La real decisión cayó sobre la turba como una bomba. A nadie se le escapó la inconsolable amargura que experimentaría el poeta al ser arrojado de París; y lentamente, todos sus amigos fueron desapareciendo, como si comprendieran que el vate necesitaba estar a solas con su dolor.

El rey y su primo se encaminaron con sus séquitos a palacio, y en los ojos de Carlota de Vauxcelles había mucha tristeza, no pudiendo apartar de ellos la visión de anonadamiento que leyó en los del *clown* desterrado.

Hasta Juan y Nicolás se apartaron de Villón.

El pobre poeta quedó con el corazón destrozado al pie de la estatua ecuestre.

¿Era posible que a él, Francisco Villón, se le obligara a abandonar su cuna, sus ilusiones, su alma, su París?

Sí... el rey lo había sentenciado, y había que cumplir sin protesta la sentencia.

Claro que se reconocía culpable frente a Carlos de Borgoña, pero él, un hombre de conciencia, no podía callarse las cuatro verdades que sabía del ambicioso duque, que intentaba esclavizar por la astucia a Francia, desangrada por la guerra.

Como un autómatas, Villón fué librando su rostro de la pintura que lo ridiculizara, y al aparecer el verdadero rostro del poeta, pudieron verse, claras y amargas, dos lágrimas surcar sus mejillas...

¡Su reinado de locura había terminado en tragedia!

\*\*

En palacio, el rey recibía en audiencia a su primo Carlos. A su diestra estaba Carlota de Vauxcelles.

—Señor... Una merced otorgada a mi adicto el conde Thibault d'Aussigny, me obligaría a vos eternamente — dijo Carlos, inclinándose ante el monarca con el presentado, apuesto mozo, aliado del duque de Borgoña y ambicioso como él.

Luis XI invitó a exponer su petición al conde, y éste pronunció:

—Majestad, os pido la mano de vuestra pupila, Carlota de Vauxcelles.

Carlota, altamente sorprendida, se hizo instintivamente atrás, como buscando refugio en

alguien para escapar a su insospechado pretendiente, que no le causó desde el primer momento de verle la menor simpatía.

Los ojos de la doncella suplicaban a Luis XI que se pronunciara en contra de tal propósito; pero el monarca, consultando con la mirada a su astrólogo, respondió:

—Tu casamiento place a nuestro ilustre primo de Borgoña... y no hay más que decir.

—Gracias, Señor — murmuró Carlos, sonriendo maliciosamente.

El conde Thibault acercóse a Carlota, y, sin detenerse en consideraciones, le tomó una mano y se la besó, orgulloso de haber conseguido, gracias a la influencia de su amigo el duque, una alhaja tan preciada como la heredera de Vauxcelles.

La doncella hizo un sobrehumano esfuerzo para sostenerse en pie, pero su corazón sufría torturas sin fin ante la imposición de un amor que jamás podría reconocer.

Luis XI, dulzón, cariñoso incluso, con su primo, concretó definitivamente aquel asunto

de matrimonio diciéndole a Carlota, en tono que no admitía réplica:

—Escoltada por el conde Thibault, marcharás en seguida a tu castillo de Vauxcelles, a prepararte para la ceremonia.

No había remedio para la infeliz. Una vez más el amor quedaba postergado por intereses particulares...

... ..  
La hostería de La Pulga Coja, a las mismas puertas de París, acogió a Villón en sus días de destierro.

Hallábase nuestro héroe en plena actividad mental, cuando se le presentó el enano Bepo, que era buen amigo suyo y que tenía deseos de verle.

—¡Hola, pequeño! ¿Qué te trae por estos andurriales?

—Chico, estamos tristes sin ti... Y tú, ¿qué tal?

—Pues ya lo puedes ver... Paciencia... Estoy buscando un consonante en *iga*... porque va el baile de la jiga en este poema.

—Si yo pudiera ayudarte...

El enano dijo eso en serio y se puso a pasear de extremo a extremo de la mesa, a la que se subió para ver y hablar mejor a Villón.

Nada encontró el enano, y sí el vate, pero no sin costarle trabajo, cuando tan fácil era, al parecer, dar con una palabra que confundiera a Carlos de Borgoña, causa de su destierro.

Y Villón compuso estos versos:

*Luis el pequeño, ten arrogancia.  
Los borgoñones, que Dios maldiga,  
te desafían con su jactancia.  
¡Si Villón fuese monarca en Francia,  
bien les hiciera bailar la jiga!*

Juan y Nicolás no habían querido separarse de su entrañable amigo Villón, y el segundo se reunió con él, portador de la noticia de que acababa de detenerse frente a la hostería el carro de golosinas que el duque de Borgoña enviaba semanalmente a su primo Luis.

Villón aguzó el ingenio y dijo a sus amigos, no titubeando en realizar la gran idea que acababa de ocurrírsele:

—Esos víveres del rey permitirán a Villón ser generoso con los pobres de París, que se mueren de hambre... Ya veréis.

¿Qué se proponía hacer? Sus amigos no se preocuparon de pedir explicaciones a Villón, bastándoles saber que se proponía dar de comer al hambriento.

El poeta salió de la hostería cuando los conductores del carro de víveres entraron en ella, y a un gesto suyo, sin que mediasen palabras, Juan y Nicolás le secundaron en apoderarse del carro, fustigando briosamente a las caballerías.

¿Adónde iban de tal suerte? ¿A París? ¡Inconcebible osadía, en cuanto a Villón, porque le iba en ello la vida!

Y, no obstante ese riesgo, el carro iba camino de París...

Mientras tanto, Carlota y Thibault, todavía dentro de los muros de París, hacían su camino hacia Vauxcelles en lucha con la tempestad.

La vista del mesón de La Pulga Coja les brindó refugio para aquella noche, y Carlo-

ta ocupó una habitación del piso superior de la casa, donde desató su pena en raudales de lágrimas.

El conde habíase mostrado extremadamente amable con ella durante el viaje, pero Carlota le trataba con desdén, no concibiendo cómo era posible que un caballero forzara a una dama a amarle cuando en ella era hartamente ostensible su aversión hacia él.

\*

\*\*

El carro conteniendo los víveres de Carlos de Borgoña para su primito Luis XI, se detuvo bajo los muros de la ciudad, donde se alzaba la catapulta del rey, preparada siempre para reducir a la obediencia a amigos o a adversarios lanzándoles proyectiles convincentes.

Villón mostró a sus amigos la catapulta y les dijo, saltando de gozo:

—Esta noche la catapulta real, en lugar de

pedras, hará llover sobre París pan, carne y aguardiente.

Tras este comentario que entusiasmó a los dos camaradas del amigo de las musas, los tres llegaron hasta la catapulta sin ser vistos y procedieron a la insólita operación de avituallar a los pobres de París, sin previo aviso, como una lluvia subitánea.

Juan se encargaba de irle dando provisiones a Villón, y éste las colocaba en el cesto de la catapulta.

Cuando éste estuvo lleno, el poeta dió una voz de mando y Nicolás, que sostenía la cuerda que sujetaba la catapulta, la soltó y entonces el aparato, irguiéndose bruscamente, lanzó con furia, por sobre las casas cercanas, a los barrios humildes, toda clase de alimentos... y alguna que otra golosina.

Los pobres, creyendo en un milagro, no tardaron en agruparse para participar todos de aquel don del cielo; pero tantas cosas llegaron a caer sobre ellos, que el milagro se esfumó en su magín, para no creer en otra

cosa que en una estratagema del muy redomado Villón.

En efecto, he aquí lo ue dijo una de las mujeres que conocía como de la familia al poeta:

—El cielo puede enviarnos pan; pero aguardiente... ¡eso sólo puede ocurrírsele a Villón!

Y la voz corrió, y todos coincidieron en que aquel maná era obra de su querido vate.

Pero...

¡Caramba! ¡Siempre hay un pero en todo, y Villón no le escapó!

Cuando más entusiasmados estaban los tres amigos en su simpático papel de filántropos... pagando otro, he aquí que Juan y Nicolás vieron a los dos cocheros aparecer en el umbral de la puerta de la torre, armados hasta los dientes, para castigarles sin contemplaciones su temeraria hazaña.

Villón no se dió cuenta del peligro, y como se hallaba en aquel momento dentro del cesto de la catapulta, para lograr más rápida y fácilmente colocarlo contra el suelo, ocurrió

que, presa de miedo, Nicolás, sin tiempo para avisar a su amigo, soltó la cuerda que sujetaba el resorte de accionamiento del aparato, y Villón fué lanzado sobre el espacio como una vulgar mercancía.

Villón no dijo ni ¡ay! y en un abrir y cerrar de ojos remedando el viaje a la luna de nuestros tiempos juveniles, se vió trasladado a una habitación de la hostería La Pulga Coja.

¡Demonio! ¿Y si llega a caer en palacio, ante las mismísimas narices de Su Majestad... como una estrella rebelde? ¿Qué hubiera dicho a eso el astrólogo?

Es indudable que Villón se hubiese podido matar al caer; es más, es casi increíble que no se hubiera matado; pero por algo había de servirle la inveterada costumbre de gatear por los tejados de las casas...

Sí. La Providencia le ayudó, destinándole un tejado cubierto de una espesa capa de nieve, para recibirle muellemente y deslizarlo, gracias a la pendiente de la construcción, hasta el interior de una ventana de otro edificio y al

mismo nivel de la parte baja del tejado fronterizo.

Un grito de espanto anunció a Villón que acababa de aterrizar delante de algún ser viviente.

Pero no sabía dónde se encontraba. En el cielo, no; no era posible; porque en la gloria no gritan, sino cantan, porque en ella no hay guerras, ni rencillas, ni miserias.

El autor, es decir — ¡perdón! — la autora del grito, como alguien habrá supuesto ya, era... era...

Sí: era Carlota de Vauxcelles, primorosa, un verdadero ángel en bata de interior.

Villón quedó sentado y molido a pocos pasos de ella; y Carlota también se sentó en el suelo al apoderarse de sus piernas el miedo.

¿Quién sería aquel hombre, cuyo rostro no era ciertamente el de un malhechor?

Muda por la emoción, Carlota no perdió el menor movimiento de Villón, y éste, al recobrase, sorprendióse gratamente al verse así tan de improviso delante de una criatura sencillamente encantadora.

Menos mal. Todo lo daba por bien empleado, y galante, caballero como era, saludó con gentileza a la dama que la casualidad ponía a sus pies.

—Ahora ya no me importaría la muerte. ¡Moriría en plena felicidad!

Carlota se sobrepuso a su pánico y se distanció de Villón, ante lo cual dijo éste, cada vez más encantado:

*Yo esquivé los brazos de más de una dama  
que a mí se tendieron brindando pasión.*

*Y ante vos, que hacéis tan voraz mi llama,  
gozo en el tormento de mi corazón.*

Los versos del intruso no cayeron en saco roto, pero Carlota seguía bajo la influencia del temor, y continuó a la expectativa de cualquier gesto sospechoso del llovido del cielo.

A medida que iba despertando por completo a la realidad, Villón acudía a sus más bellas lisonjas para convencer de su caballerosidad a la primorosa damita, y, finalmente, le dijo:

—Hasta este momento, mi gentil señora, había supuesto difícil y penoso el camino del cielo.

Carlota oprimía contra su corazón, como



—*Ahora ya no me importaría la muerte.*

una coraza que pudiera protegerla contra posibles ataques del desconocido, un libro cuidadosamente encuadernado.

El poeta alcanzó a leer su portada, y su

corazón dió un brinco de cabra en su pecho.

¡Como que aquel libro era nada menos que una obra suya, “Las Baladas de Francisco Villón”!

Incorporóse el poeta y donosamente comentó:

—Tenéis un gusto excepcional en libros de oraciones.

Confiada por la noble expresión del bolido humano, Carlota contestó con fe:

—Villón es uno de nuestros más excelsos poetas. ¡Un inmortal!... Y es sensible que un hombre de su genio sea un borracho vulgar y un payaso.

El auténtico Villón contestó, ocultando su personalidad y una risita:

—Es cierto. Yo siempre le he reprochado lo mucho que bebe.

—¡Ah! ¿Le conocéis vos? — exclamó Carlota, cada vez más tranquila.

—Le conozco desde que nació, y espero estar con él cuando muera.

En tal instante llamaron con los nudillos a la puerta

Carlota ahogó una exclamación de angustia, pero ésta se reflejó lo bastante en su semblante para que no pasara inadvertida para Villón.

—¿Qué os sucede, señora?

—Es Thibault, el amigo del borgoñón. El rey me obliga a ser su esposa y, creedme... ¡preferiría morir!

La llamada se hizo más enérgica, y Villón, para no desatar sobre Carlota la ira del conde, fué resueltamente a franquearle la entrada.

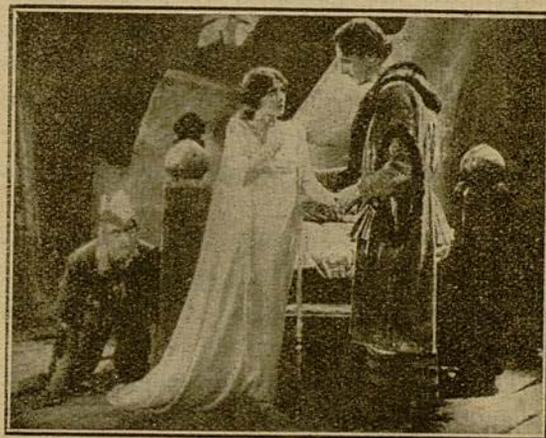
Carlota no lo pudo evitar, y la torturaba el temor de que Thibault, al encontrar allí al desconocido, lo hiciera prender y castigar sin piedad creyéndole enamorado de ella... o algo peor.

Pero Villón, al abrir la puerta, se escurrió como un gato, debajo de la cama inmediata a aquélla, y así el conde no pudo verle ni sospechar siquiera su presencia en la cámara de la doncella.

Sin embargo, en su curiosidad por contemplar de frente a Thibault y espiar sus actos,

el poeta salió de su escondite y fué inevitablemente descubierto por el noble.

Ni que decir tiene ue Thibault no le con-



*...y así el conde no pudo verle ni sospechar...*

templó impasible, sino furioso y sediento de conocer las causas de su permanencia junto a la que había sido destinada para esposa por el rey de Francia.

—¿Quién sois vos? — rugió, poniéndose en guardia.

—No nombre no hace al caso, señor... Si me sorprendéis así, gateando, es porque estaba buscando mi montera... es decir, no... porque, ahora que me acuerdo, la llevo puesta... Buscaba... En fin, perdonad y permitdme que me vaya... Algo en vuestra actitud me indica que estoy molestándoos. Y es muy posible que os estorbe... muy posible.

Thibault se arrojó sobre él, espada en ristre; pero Villón se libró de sus pinchazos lanzándose rápidamente fuera de la estancia, en dirección a la planta baja de la hostería.

¡Cualquiera se resistía un minuto con semejante *agente de desahucio!*

Pero el conde salió en su persecución, para enterarse de quién era, y se produjo en la fonda un gran revuelo.

La espada de Thibault infundía recela al poeta, quien para rehuirla recurrió a toda su astucia, parapetándose en la cocina, de la que huyeron despavoridos los cocineros y los pinches.

Mas el conde era terco, y hubo un momento en que la victoria en la desigual lucha se inclinaba a su favor.

Pero... ¡Dichoso pero!... Si el caso era para Villón más apurado que la captura de un consonante rebelde, Thibault no sospechaba lo que se le venía encima.

Y esto era la lámpara de la cocina, de metal macizo, que, sujeta al techo por una cuerda al alcance de Villón, que se hallaba encaramado en un tubo de la cocina y ofreciendo a la tizona de su adversario un blanco... delicado y carnoso, pendía como nueva espada de Damocles, sobre la cabeza de Thibault.

Villón no era salvaje, pero cuando se le obligaba a serlo, podía poner cátedra.

Y antes de que su... parte delicada y carnosa supiera del filo de la hoja acerina del conde, Villón cortó lo cuerda de la lámpara, y ésta cayó sobre Thibault, dejándole tendido en el suelo completamente *knockout*.

Apostado junto a la puerta de la cocina, los mozos y mozas y clientes de la hostería

esperaban, angustiados, el resultado de la "cuestión" que se dirimía dentro.

Villón no tardó en aparecer ante ellos, y todos le trataron con el respeto que se merece el valor.

Carlota, en acecho en lo alto de la escalera, pendiente del éxito o de la derrota del hombre llovido del cielo, y deseando que fuera él el vencedor, dió un suspiro al verle salir del "campo del honor" indemne, mientras que el otro, el antipático conde, se quedaba dentro.

Villón, que no desperdiciaba ninguna ocasión de sacar provecho de las circunstancias que le eran favorables, pidió:

—¡Vino, y sin tasa! ¡Bien lo merece el heroico vencedor!

El hostelero le ofreció una jarra con una mano, pero tendió simultáneamente la otra en señal de cobrarse el gasto.

—¿Pagar?... ¡Ni el propio rey impone tributos a Francisco Villón! — exclamó.

Carlota pasmóse al oír esa revelación. ¡Aquel era Francisco Villón! ¡Quién podía adivinarlo!

¡Cuán distinto a aquel payaso de la noche de carnaval!

El mesonero no le negó su vino, y al levantar la cabeza al ir a vaciar un vaso, el poeta vió a Carlota y brindó por ella, que se apresuró, confusa, a desaparecer de su vista.

Uno de los hombres que se hallaban de paso en la hostería hizo seña a Villón de acercársele, e intrigado, el poeta le siguió a un rincón del comedor.

—¿Qué me quieres? — inquirió Villón, reconociendo al hombre aquel.

—¿Cómo caíste en la insensatez de mezclarte en los planes del rey de casar a Carlota con Thibault? ¡Ay de ti si no huyes a tiempo!

—Amigo mío... Como barbero del rey puedes decir a éste que su sentido está más embotado que tus navajas.

—¿Qué quieres decir?

—Ese matrimonio pondría en manos de Carlos de Borgoña el dominio de Vauxcelles, y esto sería como estar en París.

Era cierto. El barbero no perdía una sílaba del gran Villón, que además de poeta resulta-

ba ser hábil político; pero se esforzaba con tesón en convencerle de la necesidad de que huyera presto, cuando Thibault, tambaleándose, salió de la cocina, espada en mano.

Al ver a Villón, el conde sacó fuerza de flaquezas y arremetió de nuevo contra él, sumándosele algunos soldados que acudieron al enterarse de lo sucedido.

La situación era negrísima para el vate. Saltando como un acróbata, se reunió con Carlota, quien, confiando en él como en su salvador enviado a ella por el cielo, le dijo:

—¡Llebadme con vos, os lo suplico!

¡Maravilloso! ¿Qué no haría él para complacer a una dama?

Aceptó el encargo — ¿cómo no? — y de regreso a la habitación de la doncella, Villón la empujó hacia la ventana, para huir por ella hacia los tejados.

Carlota vacilaba en obedecer.

—Nada temáis, señorita. No hay gato que ande con más seguridad que yo por estos tejados, para mí familiares — le dijo él, sonriéndole irresistiblemente.

Carlota cerró los ojos y se dejó conducir. La huída fué pintoresca y peligrosa, pues



—Nada temáis, señorita.

las flechas de sus perseguidores menudearon en dirección de los fugitivos, sin que ni una diera en el blanco.

La pericia de Villón en correr por las azoteas le valió la satisfacción de conducir a buen puerto a Carlota, a la que dijo, al detenerse en la cúspide de un tejado, cuya pronunciada pendiente, cual un *toboggan*, los deslizaría hasta una casita cuya ventana superior se abría a la altura de dicho tejado, como la estación final de diversión de un parque de atracciones.

—Ya hemos llegado — dijo Villón a Carlota, señalándole dicha ventana—. Ese es el tejado de mi madre. ¡Cuánto tiempo hace que no he estado bajo él!

Y sin esperar a más, el poeta se abandonó a la pendiente, introduciéndose en la casita sin el menor contratiempo.

Carlota no se decidía a imitarle. No era partidaria de entrar en las casas por las ventanas y, la verdad, le parecía que el menor descuido podía acarrearle un disgusto.

Villón la animó desde abajo.

—Deslizaos sin miedo, bella señora... y os recibirán mis brazos.

Carlota, estimulada poderosamente, no sa-

bemos si por la confianza que demostraba Villón en la sencillez del descenso por aquella vía, o por el deseo de ser recibida por sus brazos... se deslizó y llegó a destino sana y salva.

Una simpática anciana acudió a recibir a su hijo, que no podía ser otro el que de tal suerte penetraba en la casa.

La dulce mujer se estrechó contra el poeta con cariño sin límite.

—¡Hijo mío! Me tuviste muy inquieta. Tus ausencias se prolongan demasiado. Pero... ¿quién es esta señorita?

—He venido, madre mía, a poner bajo vuestro amparo a esta dama de la corte, que está en peligro.

—¡Ah! Bienvenida, señorita... Es tu prometida, ¿verdad, Francisco?

Los dos jóvenes se miraron y callaron, estupefactos ambos por la suposición de la anciana.

Esta acercóse a Carlota y, cariñosamente, le habló así, en tanto la conducía junto al hogar de la chimenea, para que se calentara:

—Siempre creí que mi hijo se casaría con

una gran señora... una dama noble y bella, como vos.

Carlota miró de nuevo a Villón y coincidió



*Los dos jóvenes se miraron y callaron...*

con él en interpretar aquella comedia de noviazgo.

El rasgo de la encantadora doncella inundó de gratitud a Villón, y cuando la madre los dejó solos un momento, él le expresó su reconocimiento más sincero.

—Gracias — le dijo — por no haber desilusionado a mi madre... No podía hacer menos vuestra generosidad.

—Mayor fué la vuestra protegiéndome. Soy yo, señor, quien os debo gratitud.

Pero Villón sentía hacia ella más que gratitud, y no se lo ocultó ni un minuto más.

—¿Qué pensaríais, señorita, si yo os dijera que vuestras miradas han purificado mi corazón y encendido en él un fuego que durará más que mi vida?

Carlota no esperaba tal declaración, que no desagradó por cierto a su corazón; mas recató su respuesta, creyendo acaso demasiada felicidad para una mujer gozar de todo el amor del exquisito poeta.

Pero su alma la llevaba a él, y murmuró:

—Un hombre que escribe cosas tan bellas, debe, en el fondo, ser mejor de lo que aparenta ante el mundo.

—Todo hombre exhibe ante el mundo un alma... pero guarda otra distinta para la mujer de su amor. ¡Decidme que no me olvidaréis y seré el hombre más feliz de la tierra! Y

ahora, mi bella señora, adiós... Podéis pasar la noche con mi madre... Yo estaré más seguro en la Corte de los Milagros.

Villón despidióse de su madre recomen-  
dándole la custodia de Carlota, y la anciana,  
viendo su intención de salir por donde había  
llegado, le preguntó extrañada:

—¿Por qué te vas de ese modo, Fran-  
cisco?... ¿Y por qué llevas un vestido tan  
usado?

—Es uno de mis disfraces, madre. Exige  
tantos el servicio del rey...

\*  
\*\*

A poco se hallaba Villón en la Corte de  
los Milagros... mundo de pordioseros forma-  
do por ciegos que ven, cojos de pies sanos,  
sordos que oyen, mudos que hablan... cuando  
no *cantan* en el tormento.

Su llegada fué acogida con grandes mues-  
tras de júbilo, como rey y señor de todos  
ellos.

En palacio el astrólogo hablaba con Luis  
XI mientras el barbero rasuraba con todo el  
esmero de que era capaz la regia barba.

—Majestad, las estrellas no presagian peli-  
gro alguno en el matrimonio de Carlota de  
Vauxcelles — dijo el astrólogo, con convic-  
ción.

El fígaro no pudo reprimir un movimien-  
to de protesta, y cortó al monarca en el  
cuello con la navaja.

Luis XI lanzó una furiosa exclamación y  
el siervo arrojóse a sus plantas, implorándole  
piedad.

—¡Torpe! ¿En qué estabas pensando?

—Señor... Es que se me escapó la navaja  
al oír que hasta las estrellas mienten.

—¿Cómo?... ¿Qué estás diciendo? ¡Habla,  
majadero!

—Para el borgoñón, señor, estar en Vaux-  
celles equivale a tener un pie en París.

—¿Eh?

Luis XI consultó un mapa y reconoció que  
era cierto cuanto había dicho el barbero.

—Si yo pudiese detener ese casamiento...  
— rumió—. Pero ya será tarde.

Colocado ahora en situación airosa, el barbero prosiguió:

—No me atrevía a decirlo a Vuestra Majestad... pero el casamiento está ya detenido.

—¿Es posible?

—Sí, Majestad.

—¿Cómo y quién lo detuvo?

—Convencido de que servía a mi rey, no vacilé en arriesgar mi vida.

—Habla, habla, amigo mío...

—Thibault fué provocado y mi solo esfuerzo le contuvo a él y a sus soldados, mientras Villón se llevaba a Carlota.

—¡Magnífico! Pero... ¿está Villón en París habiéndolo desterrado yo?... ¡Ah! ¡Eso es intolerable!

—Reparad, señor...

—Villón me ha hecho una buena acción, lo reconozco; pero debe morir antes de que pueda hacerme una mala.

Y seguidamente Luis XI dió órdenes termi-

nantes para que se procediera a la detención de Villón, so pretexto de que a un espíritu tan juvenil como el suyo había que ahorrarle las tristezas de la vejez.

Ajeno a la terrible sentencia de su rey y señor, el poeta regresaba a su casa, deseoso de abrazar a su madre y volver a ver a Carlota.

El sol se desperezaba lentamente en el horizonte cuando eso ocurría.

La madre del poeta dormía aún, y los besos del hijo la despertaron.

—Soñaba contigo, hijo mío... — le dijo ella rodeándole con sus brazos el cuello—. Te veía aclamado como salvador de Francia, y con asiento a la diestra del Rey.

Villón ocultó su emoción al oír expresarse de modo tan alabancioso a su madre, y acariciándola tiernamente, respondió:

—Vuestro hijo, amada madre mía, es indigno de vivir tan alto en vuestros sueños.

—¿Te quieres callar? Por salvar a Francia murió tu padre. Tú vivirás para salvar a Francia.

Villón forzó una sonrisa, y para cambiar de tema preguntó a su madre por Carlota.

—Está en esa habitación, hijo mío. Debe descansar todavía.

—¡Qué hermosa es! ¿Verdad, madre?

—Sí, y digna de ti.

Un rumor de voces llegó hasta madre e hijo.

—¿Qué es eso? ¿Esperabas a alguien? — preguntó la anciana.

—No... no sé...

Villón no tuvo tiempo de huir al comprender que había sido seguido hasta su casa. Los soldados de Luis XI iban por él y por Carlota. No había más remedio que entregarse sin oponer inútil resistencia, y, sobre todo, disimulando ante su pobre madre.

El oficial que mandaba el piquete de soldados entró con éstos en la pieza donde Villón se hallaba en charla cariñosa con su madre, y le entregó el edicto real.

Haciendo alarde de serenidad, el poeta apoderóse de la real orden y la leyó sin que se alterara un solo músculo de su cara.

Decía así:

*¡En Nombre del Rey!*

*Francisco Villón, por quebrantar la condena de destierro, será preso y traído a mi Presencia, para ser sentenciado a morir en la horca.*

*Luis XI*

Era fuerza despedirse de su querida madre sin dejarle siquiera adivinar que algo grave le ocurría, y le dijo, tras suplicar la complicidad del jefe del piquete en aquella piadosa farsa:

—Madre, el rey me llama para una delicada misión secreta.

A continuación, manifestó a los soldados, dirigiéndose al jefe:

—Soy con vosotros en seguida. Presumo que depende de mi intervención el logro de los reales deseos.

La anciana no sospechó nada absolutamente, y eso que hubo un momento en que la amargura causada a su gran corazón por el adiós definitivo a su madre, estuvo a punto de de-

latarlo al brotar de sus ojos unas lágrimas que le fué imposible contener.

... ..



*Madre, el rey me llama para una delicada misión secreta.*

En palacio, Luis XI esperaba la llegada a su presencia de Villón, de cuya captura había tenido oportunamente conocimiento.

Carlota de Vauxcelles, que, como se supo-

ne, había sido conducida inmediatamente al castillo, se hallaba al lado el rey, temiendo por la vida de su salvador, para el que pedía gracia con toda su alma.

Villón, al comparecer, la oyó y la besó con los ojos, pero Luis XI la obligó a callarse, diciéndola:

—Regocíjate por haber huído de Thibault; pero no me pidas nada para este bellaco.

Y empezó, delante de toda la corte, el juicio del monarca contra el vate.

—Maestro Villón, por tu desobediencia a mis órdenes, serás ahorcado mañana. ¿Qué dices a esto?

Elegante hasta el umbral de la muerte, Villón, con voz velada por la emoción, recitó:

*Los príncipes ilustres para morir nacieron,  
igual que los humanos de condición más ruín.  
Honor, poder, riqueza, de nada les valieron.  
¡El mismo viento a todos nos llevará por fin!*

—Bien por la cuarteta. ¿Y puede decirme tu ciencia de adivino a qué hora te llevará el viento?

La crueldad de Luis XI, que se gozaba en el martirio de un condenado a muerte,



—¿Y puede decirme tu ciencia de adivino a qué hora te llevará el viento?

exasperó a Villón; y una idea cruzó feroz por su luminoso espíritu...

—Puedo decíroslo, señor.

—Me gustará saberlo, a fe.

Gravemente, atento a la impresión que iba a causar al rey, Villón contestó:

—Está escrito, Majestad, que mi muerte ocurra... veinticuatro horas... antes que la vuestra.

—¿Eh?

Un sudor frío inundó la frente del supersticioso rey. ¿Sería verdad lo que dijera el poeta? ¡Oh! No podía titubear. ¿Quién podría asegurarle que sentenciando a Villón no se sentenciaba a sí mismo veinticuatro horas después? ¡Terrible dilema!

Y venció, naturalmente la superstición, transformando al rey, de juez implacable, en el más decidido defensor de Villón.

Brindándole su amistad y protección, Luis XI pronunció ante la Corte:

—Entre nosotros hay un gran profeta, señores míos. ¡Procuremos todos que no le suceda ningún mal!

Y había que ver cómo suspiraron Carlota y Villón... y la mueca de desagrado que hizo Tristán L'Hermite, el insaciable verdugo.

\*  
\*\*

Francisco Villón era ahora el más dilecto amigo de Su Majestad, el rey de Francia.

Pero Villón no era feliz, pues aunque aparentemente lo tenía todo, en la práctica no tenía nada.

Tristán L'Hermitte le vigilaba día y noche, por orden del rey, ya que la vida de Villón era garantía de la del monarca.

El verdugo era la sombra negra de nuestro héroe. Le tasaba el vino en las comidas, se lo prohibía fuera de ellas, y le sometía a un régimen morigeradísimo, del que Villón estaba hasta la coronilla.

El enano Beppo, Juan y Nicolás se instalaron asimismo en palacio, pues Villón, el muy pícaro, le hizo creer al rey que sin ellos él se moriría de tedio.

Sus tres amigos eran la única alegría que tenía el poeta.

Su poderío le pesaba como losa de plomo.

Sólo la esperanza de estar siempre al lado

de Carlota le daba alientos para seguir soportando su nueva vida, pero ella le rehuía de continuo.

Cierta noche pudo, al fin, verla sola en el



*El verdugo era la sombra negra de nuestro héroe.*

jardín de palacio, y, burlando la vigilancia de Tristán, fué a su encuentro.

Ella hizo ademán de rechazarle, y Villón lamentóse de su desvío:

—¿Sois vos, negándoos a hablarme, la misma que rogó al rey por mi vida?

—Tal vez escucharía más complacida al Villón *poeta* que al Villón *cortesano*.

—O tal vez la señorita atiende a la voz del orgullo más que a la voz del corazón.

Surgió una pequeña disputa de enamorados, y Villón, conciliador, preso en las redes candorosas de Carlota, vació en su corazón el néctar del suyo:

—Desde que entrásteis en mi vida, Carlota, sólo una imagen han visto mis ojos, sólo un anhelo ha estremecido mi alma.

—La reputación del maestro Villón no se debe ciertamente a su fidelidad.

—¡Vos sois mi amor, Carlota!

La doncella fué vencida y sus labios se juntaron a los del poeta con sed de ternuras...

Unas sombras cruzaron el jardín al tiempo que Tristán llamaba a Villón por orden del rey, a cuya presencia acudió sin demora, interrumpiendo, mal de su grado, su idilio con Carlota.

—¿Me llamabais, señor?

—Sí... El frío de la noche, la humedad del jardín, pueden serte nocivos. Debes cuidarte... por mí.

Villón contuvo con esfuerzo su protesta con-



—¡Vos sois mi amor, Carlota!

tra la esclavitud a que estaba sometido, pues no podía olvidar que fué gracias a su ardid de ligar su vida a la del monarca, que pudo salvar la piel.

En aquel momento penetró atropelladamente un soldado en el salón de audiencia, anunciando al rey:

—¡Señor, han robado a Carlota! ¡Yo he visto cómo se la llevaban los hombres del borgoñón!

Luis XI, enfurecido por la audacia de su peligroso primo, buscó con la mirada al astrólogo que le aconsejaba, y éste pronunció su invariable decisión negativa.

—Aun no es esta la sazón para una ruptura con Borgoña.

Villón, que ardía en deseos de salvar a Carlota, su amada, primero porque lo era, y en segundo lugar porque era un caso de justicia y de dignidad el no tolerar la hipocresía del duque, combatió el parecer del astrólogo; pero su intromisión en aquel grave asunto le valió la cólera del monarca, en un momento de ceguera:

—¡El rey soy yo! ¡Haré lo que se me antoje! ¡Quítate de mi vista! ¡Vuelve a tus andrajos, miserable!

¡Bendita furia! ¡Bendita mil veces, por devolverle la libertad!

Ni corto ni perezoso partió Villón de pala-



—¡El rey soy yo!

ció, encaminándose presuroso a la Corte de los Milagros, con sus inseparables Juan y Nicolás, vestidos los tres de etiqueta.

Tristán L'Hermite siguió al poeta, pero lo perdió de vista y, por ende, en palacio se ignoró su paradero fijo.

Lo único que llegó a saberse de él fué su propósito de excitar a los pordioseros para rescatar a Carlota, que había sido conducida a



*...encaminándose presuroso a la Corte de los Milagros.*

Vauxcelles para su boda inmediata con el conde Thibault.

En efecto, los mendigos habían decidido, usando de sus antiguos privilegios, ir al castillo de Carlota a gozar del festín; pero era otro

más importante el motivo de tal determinación.

.....

Carlota estaba guardada en lugar seguro: la cámara de la torre.

Villón, enterado del sitio donde estaba presa su amada, decidió salvarla, y al partir animado por tal propósito, dijo a sus amigos Juan y Nicolás que le buscasen, si a la hora convenida no había vuelto, o le vengasen si hallaba en su empresa la muerte.

Retador del peligro, el ídolo popular comenzó su ascensión temeraria hacia la torre, asiéndose a los resaltes de los sillares del muro; y muy alto había subido ya, cuando le derribaron, herido, las flechas de los arqueros borgoñones.

Llevado ante el duque, fué condenado por éste a un suplicio inenarrable. Sobre su torso desnudo cayeron, despiadados, los flagelos; y lejos de cesar el castigo cuando surcó la sangre, en hebras purpúreas, la piel de la víctima, hízose más rudo, más inclemente,

dejando que la hoguera fuese bárbaro cauterio de las recientes heridas.

La sorprendente resistencia física de Villón



*Su cuerpo exánime fué encerrado en una jaula.*

cedió ante la ferocidad del salvaje martirio. Su cuerpo exánime fué encerrado en una jaula y elevada ésta, por medio de poleas, hasta la altura del encierro de Carlota, para gozar con la tortura del alma femenina en la

“última cita con su poeta”, como dijo el duque, con sarcasmo inmisericorde. Y el cuadro de dolor anuló la estesia de la dulce enamorada.

No mucho después, Carlos de Borgoña dirigía la palabra al pueblo, congregado ante la gradería exterior del castillo. Con provocativa jactancia afirmó que el inminente matrimonio plantaría a la vista de Luis XI la bandera de Borgoña; y, resuelto a sofocar por el terror todo intento de rebelión pública, hizo descender la jaula que encerraba a Villón, para mostrar la suerte reservada a quienes se opusieran a su voluntad omnipotente.

Salió el poeta, ya recobrado, de su férrea prisión, y en sus labios vibró el apóstrofe contra sus traidores verdugos. Hirvientes en su corazón sentimientos de patriota, de amante y de hombre, rugió su viril protesta contra las ansias voraces del lobo de Borgoña, intolerables para un pueblo que había sabido arrojar del solar patrio al león inglés... Los acentos de su santa indignación tuvieron la virtud de producir en las almas un sacu-

dimiento de extrañas pasividades. Un bronco murmullo de oleaje encrespado rodó por los ámbitos de la plaza henchida de multitud. Se contrajeron los semblantes en hoscos gestos de mortales amenazas. Crispáronse las manos, en instintivo movimiento, sobre los puños de las espadas, sobre los mangos de los cuchillos... y la muchedumbre hubiese cerrado, con ímpetu de avalancha, contra los borgoñones, de no haberla detenido una voz imperiosa, de tono irreplicable: la voz del rey, quien, disfrazado de mendigo, se confundió con los profesionales para desenmascarar a su primo.

Un silencio religioso aguardó el fallo sancionador de los posibles desmanes y las desleales codicias de Carlos de Borgoña; pero Luis XI discernió a Villón la facultad sentenciadora. Más piadoso el poeta que lo fuera con él su verdugo, sólo le impuso la humillación de implorar la merced de su corte de Locos. Y mientras el duque y el conde Thibault eran objeto de mofa de las turbas a quienes intentaran oprimir, Villón se dirigía

a palacio, vuelto otra vez a la gracia del monarca.

\*  
\*\*

Villón hablaba con el rey, cuando Carlota, vestida de paje, compareció inopinadamente ante ellos.

—¿Qué vestido es ese? — preguntó Luis XI, riéndose.

Villón dedicaba, en tanto, cálidas miradas a su amor.

—Señor — dijo Carlota—, os cedo mis dominios de Vauxcelles, y parto a buscar la felicidad con el hombre a quien amo, que es éste, Francisco Villón.

Luis XI trató de oponerse a esa unión.

—El hombre a quien amas, Carlota, es un plebeyo.

Villón, postrado de hinojos a los pies de Su Majestad con su amada, intervino en la cuestión:

—Señor, hubo una vez un plebeyo que ganó en perspicacia al más gran rey de los franceses.

—¿Eh? ¿Quién fué el ingenioso?

—Yo, haciéndoos creer que vuestra vida estaba ligada a la mía, me libré de la muerte.

Luis XI se dió por satisfecho con tal explicación, y cedió a los deseos de Carlota y Villón; y al despedirlos, arrancó del sombrero del poeta su pluma, y le dijo:

—No hay espada que haya hecho por Francia lo que tu pluma. Yo la guardaré como un tesoro.

Y libres definitivamente, Carlota y Villón gozaron de su esplendoroso amor.

Tristán L'Hermite les sorprendió besándose al salir de palacio, y objetó a Villón, como cuando le tasaba los vasos de vino:

—Sólo uno... sólo uno...

Pero el enamorado no admitía reducción sobre este punto...

FIN

.....  
Próximo número: La comedia americana

## EL PIRATA DE LOS DIENTES BLANCOS

por Rod La Rocque y Mildred Harris Chaplin

Postal-fotografía regalo de CLIVE BROOK